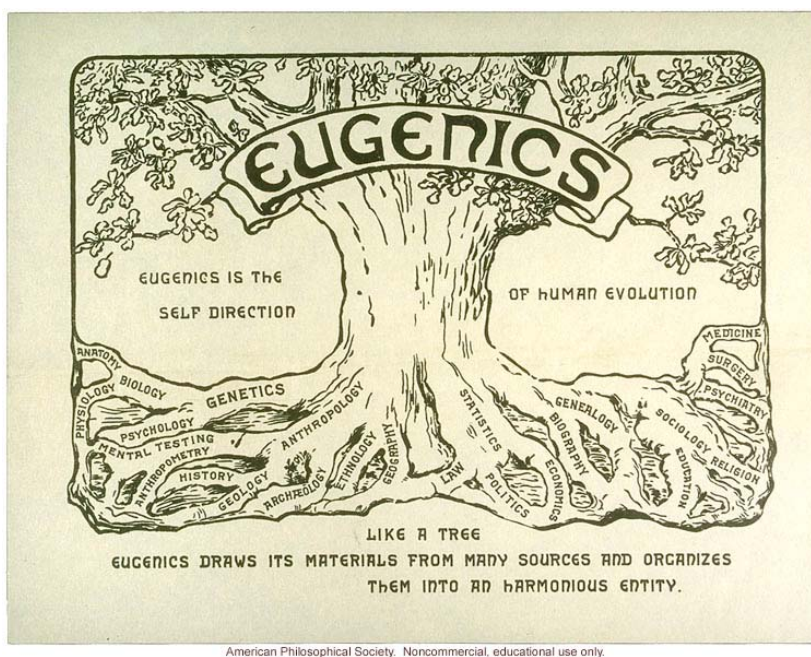


**LA DERROTA DEL PROGRESO:  
ESPECIE Y GÉNERO EN LOS DISCURSOS CIENTIFICOSOCIALES  
(DE LOS SIGLOS XIX AL XX)<sup>1</sup>**

**Montserrat Huguet**  
**Universidad Carlos III de Madrid**



*El árbol del Eugenismo.*

*Crece desde las raíces que representan los avances humanos. Cartel de la Sociedad Filosófica Americana para la difusión de Eugenismo. Archivos del Eugenismo (Cold Spring Harbor Laboratory, Long Island, NY, web site)*

*“Me llevaba bien con todos los monstruos, me lo había propuesto. (...) Nunca les dejé saber que los veía como seres especiales. (...) A algunos –por ejemplo a la Ostra Viviente- los cuidaban los miembros de sus familias que vivían con ellos y que probablemente les habían proporcionado el trabajo. (...) Entre malformación y vida existía una armonía que solo podía atemorizar si se reflexionaba en ello. Los monstruos leían los periódicos y hablaban de Roosevelt, como cualquier otro habitante del país.”*

E. L. Doctorow. *El lago*, (1979)

<sup>1</sup> Pre Print, en BRANCIFORTE, L. y ORSI, R. (ed) (Madrid, Dykinson, 2012)

## Resumen

La así llamada ciencia del Eugenismo fue ganando popularidad progresivamente a lo largo del siglo XX. El término Eugenesia refiere al *buen nacimiento*, de ahí que los eugenistas pretendieran un correcto emparejamiento de los seres humanos. Solo aquellos que fueran “bien nacidos” tendrían descendencia. Los eugenistas creían que la gente hereda rasgos de comportamiento como la criminalidad de igual manera que se hereda el color de los ojos. La genética, ciencia nueva, bien podía mejorar la raza humana. Vinculadas al Eugenismo, tras la muerte de Darwin se popularizaron las teorías del darwinismo social, en parte gracias al trabajo de Francis Galton.

Especialmente en los Estados Unidos, el Eugenismo se extendió entre las clases medias y altas de raza blanca, aterrorizadas por la expansión de los así llamados grupos inferiores: gente pobre, emigrantes recién llegados, procedentes en especial del sur y el este de Europa. El Eugenismo era una pseudociencia que institucionalizó en el plano nacional las políticas raciales. En los años veinte, por la vía de identificar los así llamados defectos del árbol familiar, las autoridades de algunos estados legislaron a propósito de programas de esterilización, cuya finalidad era reducir y eliminar la capacidad reproductiva de los criminales y los *débiles*. Y ello con la ayuda del Departamento de Estado y de la Corte Suprema. Los investigadores hablan de aproximadamente 60.000 personas esterilizadas, la mayor parte de ellas desconocedoras de lo que les estaba sucediendo. Entre los defensores del Eugenismo, cabe mencionar al propio Presidente Wilson o a la feminista Margaret Sanger.

Este trabajo aborda la crisis fin de siglo y ruptura del equilibrio social en occidente a finales del siglo XIX, la popularización en Europa de las ideas acerca de la *degeneración* de la especie, el higienismo social y las *nuevas mujeres*, todo ello en el marco de la historia cultural y de género.

## Palabras clave

Historia Contemporánea, Historia Cultural y de Género, Europa, Estados Unidos, Crisis, siglo XIX, siglo XX, Ciencia de la Eugenesia, Darwinismo Social, La Nueva Mujer, Francis Galton, Margaret Sanger, H.G. Wells, E. Wharton.

## Abstract

The science of eugenics gained popularity during the early 20th century. The term “eugenics” means “well born, so eugenicists wanted to control human mating. Only well-born people could produce descendants. Eugenicists believed that people inherited different features such as criminality in the same way as eye color. They used the new science of genetics as a tool for improving the human race. Social Darwinism theories had been linked to eugenics, and became popular after Darwin’s death, because of Francis Galton’s writings.

In the U.S., eugenics was very popular among middle and upper class white Americans, that were fear of being out-bred by those they deemed inferior: poor people and recent immigrants, especially those from southern and eastern Europe. Eugenics came into a pseudoscience that institutionalized race politics as national policy. In the twenties, by identifying the so-called defective family trees, the network authorities in some state governmental bodies legislated about sterilization programs to reduce and eliminate the reproductive capability of criminal or *weak*s. Even the State Department and the U.S. Supreme Court aid all these local eugenic politics. Researchers have talked

about 60,000 people coercively sterilized, many of them never knowing of the truth. The president Woodrow Wilson or the feminist Margaret Sanger have been great eugenic defenders.

This paper approaches the crisis and the break of the western social balance at the end of the 19th century; the popularization in Europe of the ideas about *degeneracy* of the species, the social eugenic and the *new women*, all this in the frame of the cultural and gender history.

### **Key words**

Modern History, Cultural and Gender History, Europe, U.S, Crisis, 19<sup>th</sup>, 20<sup>th</sup>, Science of Eugenics, Social Darwinism, New Women, Francis Galton, Margaret Sanger, H.G. Wells, E. Wharton.

### **Introducción**

En las sociedades atlánticas la ciencia y la técnica ampliamente desarrolladas durante el siglo XIX fueron haciendo posible que el hombre confiase en que controlaba la Naturaleza. Desde el inicio de la modernidad, el camino hacia esta certeza había sido lento y había estado cuajado de obstáculos. En la segunda mitad del siglo XIX, se había pretendido que la ciencia era la más elevada de las formas culturales. En la primera mitad del siglo XIX emergió tímidamente la cultura científica (académica) en las universidades de la Alemania pre-unificada. La convergencia con procesos similares en el mundo anglosajón predispuso a la difusión por toda Europa de la cultura científica<sup>2</sup>. La potencia del Imperio Británico mostraba que la piedra angular del sistema era su capacidad tecnológica, amén de un pragmatismo radical que permitía cerrar los ojos incluso en áreas del mundo donde el beneficio material de las inversiones se cobraba al precio del escarnio humano<sup>3</sup>.

Los corolarios de la ciencia eran incalculables ciertamente, “(...) *inflúan mucho más allá de su campo específico... más allá de esos preciosos pero demasiado técnicos problemas con los cuales, de momento, no nos proponemos molestar al lector...*”<sup>4</sup>, anunciaba H. G. Wells en 1909. Y ciertamente sucedía que, en el centro del sistema explicativo, las ramificaciones sociales de las tesis

---

<sup>2</sup> ZIMAN, J.: *Qué es la ciencia*, Madrid, Cambridge University Press, 2003, pp. 38-40. También, HUGUET, M.: *Historias rebeldes de mujeres burguesas, 1790-1948*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010. Pp 201-202.

<sup>3</sup> AUERBACH, J.A., HOFFENBERG, H.: (EdS): *Britain, the Empire, and the World at the Great Exhibition of 1851*, UK, Ashgate Publishing Limited, 2008.

<sup>4</sup> WELLS, H.G.: *Ann Veronica*, (1909), Op. Cit., p. 145.

naturalistas acerca de la evolución procuraban debates y levantaban pasiones, quebrando dogmas ancestrales. Con todo, la deriva de dichas tesis evolucionistas<sup>5</sup> hacia una peligrosa reducción socio histórica sugería que el progreso –visto como la suma infinita de alteraciones y mejoras materiales que elevaba al hombre hasta cumbres históricas nunca antes holladas- llegaría tarde o temprano a su fin, alcanzando su clímax y cayendo luego por una vertiente en picado hasta los infiernos de la degradación. Pero si bien el ser humano –criatura natural- se perfeccionaba por obra del crecimiento material (la gente vivía más tiempo y mejor en general), el hombre en cambio –individuo en sociedad- sufría intolerables mutaciones degenerativas en su comportamiento e incluso en su apariencia, y ello precisamente por el afán desafiante que le había movido a encararse con los designios de la creación divina por medio de la ciencia como instrumento.

### ***La ruptura del equilibrio social***

Durante el XIX había sido norma establecer entre las personas y las cosas una relación asimétrica, según la cual la discriminación y la exclusión constituían situaciones habituales que formaban parte de lo que se consideraba *natura*<sup>6</sup>. En la pirámide social del siglo XIX<sup>7</sup> los últimos que llegaban –bien fuera a las familias, a las ciudades o a las fábricas-, incluso los que menos fuerza tenían, eran quienes cargaban con las peores jornadas y los menores salarios, quienes recibían antes el despido y seguramente la más intensa violencia del empleador<sup>8</sup>. Salvo excepciones notables, los más desfavorecidos del sistema eran los más eficientes a la hora de enfermar y morir. Para aquella gente, estar fuera del círculo del bienestar era mucho más probable que estar dentro; fuera

---

<sup>5</sup> HODGE, M.J.S.: *Before and After Darwin. Origins, species, Cosmogonies and Ontologies*, UK, Ashgate Publishing Limited, 2008.

<sup>6</sup> MOSCOVICCI, S.: *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, Paris, Flammarion, 1977.

<sup>7</sup> FRADERA, J.M., et alii: *Las burguesías europeas del siglo XIX: sociedad civil, política y cultura*, Biblioteca Nueva, Universidad de Valencia, 2000.

<sup>8</sup> ENGELS, F.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), Buenos Aires, Editorial Futuro, 1965.

de la rica manzana de las ciudades<sup>9</sup> la montaña de detritos humanos alcanzaba cotas muy altas.

Para organizar convenientemente el sistema aprovisionador de los Imperios de Europa, se erigió las legislaciones higienistas en el último tercio del XIX, con la finalidad de airear la fetidez física y metafórica en los suburbios. Dichas reformas, en parques y suburbios no se pretendían ni atendían por supuesto a la comprensión de las causas de la pobreza y la miseria como ya denunciara Engels, sino que solo tomaban en consideración los efectos desastrosos de la industrialización –miseria- en los pilares que sostenían la prosperidad, recomendando la creación de ambientes *naturales* con una función higienizadora para la regeneración física y moral. Así no es de extrañar la recurrente tentación de apartar a la gente indecorosa de los hermosos jardines botánicos y otros modernos espacios para el recreo; o la especulación con el superávit de mano de obra, moderada únicamente por la sospecha de que, si bien sucias, las manos de los trabajadores eran aún necesarias para el crecimiento mercantil.

La fumigación de barrios y el rapado de cabezas infestadas de piojos fueron medidas correctoras y no solo en el plano higiénico. Los pobres súbditos de su Majestad, la reina Victoria de Inglaterra<sup>10</sup>, así tratados adquirirían el aspecto de convictos. Y dicha apariencia era muy conveniente a la culpa que se les achacaba<sup>11</sup>. Los nazis –pero antes que ellos las monarquías de tradición absolutista en la Europa Moderna de la Europa del este<sup>12</sup>- confinaban en guetos a los judíos no asimilados<sup>13</sup> a las comunidades gentiles, anulando entre otros sus

---

<sup>9</sup> Sobre la historia de la construcción de las ciudades industriales en Europa, GRAVAGNUOLO, B.: *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*, Madrid, Akal, 1998.

<sup>10</sup> CANALES, E.: “pobreza y delito en el marco urbano”, en *La inglaterra victoriana*, Madrid, Akal, 1999, pp. 71-81.

<sup>11</sup> CHESTERTON, G.K.: *Lo que está mal en el mundo*, Barcelona, Acantilado, 2008, despotrica elegantemente del trato gubernamental a la gente de los suburbios, sometida a prácticas higienistas vejatorias.

<sup>12</sup> POLIAKOV, L.: *Historia del antisemitismo. El siglo de las luces*, (1964) Barcelona, Muchnic Editores, 1984.

<sup>13</sup> BASHEVIS SINGER, I.: *La casa de Jampol*, (1955), Barcelona, Debate, 2003. Contextualizada en la Polonia de entre 1863 y fin de siglo, esta novela hace referencia al fenómeno del aislamiento de las comunidades judías tradicionales en la Europa central y el Imperio Ruso, a la comunidad de judíos tradicionales de Polonia, que tanta importancia tuvo en el desarrollo de las actividades comerciales, industriales, científicas y artísticas del país.

derechos básicos a la salubridad y la higiene. Así que, humillados en su condición de personas, tanto los despiojados de la Inglaterra de fin de siglo como los judíos de los años treinta del siglo XX constituían una masa informe de sujetos de una especie, la humana, cuyo aspecto era claramente inhumano. Así, representaban precisamente aquello de lo que los respectivos regímenes les acusaban: el ser causantes de la degeneración de la especie<sup>14</sup>, y con ello de la desestructuración social.

Las ideas sobre el *degeneracionismo* procedían en parte del *alienismo* francés y estuvieron presentes en los discursos *finiseculares* de médicos<sup>15</sup> europeos y americanos. Las ideas de B.A. Morel (1809-1873), en la tradición de Prosper Lucas, y de Lamarck sobre el evolucionismo, configuraron las tesis degeneracionistas, según las cuales el hombre había seguido un movimiento discordante con respecto a la naturaleza que, en lugar de conducirlo hacia su mejora o perfección, lo empujaba indefectiblemente hacia una situación primitiva. Menos perfecto, en el discurso alienista de la segunda mitad del siglo XIX la manifestación esencial de la decadencia de nuestra especie vendría dada por las enfermedades mentales primero y las psicosociales después. Siendo esto así, el degeneracionismo en tanto teoría era útil para dar explicación a la criminalidad creciente. El origen de la voluntad del hombre para infligir daño a otros de su especie había de residir por fuerza en causas físicas, en las malformaciones fruto de la degeneración. Del alienismo atraía principalmente la naturaleza positivista de su método, la vinculación de las hipótesis al trabajo de laboratorio, pero especialmente la evidencia: la visibilidad indiscutible de los estragos de la degeneración en el organismo de las personas.

Los discursos científicos de fin de siglo sostenían que el desarrollo extremo de las sociedades avanzadas había roto el *equilibrio* –cualquiera que este fuese–, corrompiendo la Civilización y provocando su decadencia<sup>16</sup>. La trasgresión de las convenciones sociales era la prueba evidente de dicha degeneración. Un conjunto de terribles males sociales mostraban el daño al que

---

<sup>14</sup> BOWLER, P.: “Biogeografía y darwinismo social”, en *Ciencias*, oct-dic, nº84, UNAM, 2006, pp.4-13.

<sup>15</sup> Para el caso español, ver CAMPOS MARTÍN, R. (et alii): *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración (1876-1923)*, Madrid, CSIC, 2000.

<sup>16</sup> Una de las primeras lecturas modernas al respecto, BURROW, Jh.: *Evolution and Society, A Study in Victorian Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966.

conducía la vanidad del hombre, que había creído que teniendo la ciencia en sus manos obtenía la llave de la creación. En la crónica social victoriana de finales de los años ochenta, y dando por válido que las prendas reseñables de su compleja personalidad eran las referidas a su comportamiento sexual, la prensa mostraba de forma descarnada las cuitas amorosas -homosexuales- del poeta Oscar Wilde<sup>17</sup>. El escándalo radicaba en el comportamiento contra natura del ciudadano, que no del escritor, y con él la quiebra de la paz moral de los círculos bien pensantes de la época.

La sexualidad, declaraba el médico psiquiatra, Krafft-Ebing, era el factor más poderoso de la existencia social de las personas; sin embargo añadía que todo acto que se desviara del propósito de la naturaleza, esto es, de la procreación de la especie, era *perverso*<sup>18</sup>. Las perversiones, seguía, eran peores cuanto mayor era el progreso y provocaban la moderna agitación social. Se daba por sentado el silencio cómplice en las adineradas clases... El que caballeros tan famosos como Wilde frecuentaran burdeles masculinos, ilegales, preocupaba mucho por el efecto corruptor de la indecencia sobre las clases proletarias. La degeneración genética en estos grupos tomaba tintes extremos con la ampliación de los vicios adquiridos, de modo que era forzoso mantener el tabú sobre la cuestión de la homosexualidad masculina sería largamente protegido. A la *perversión* natural en la especie degenerada, la de los pobres, se unía la *perversidad* adquirida, en tanto efecto del vicio. Entre los años ochenta del XIX y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los caballeros harían gala de su discreción y de su masculinidad con innegable jactancia<sup>19</sup>.

Si la perversión era una característica consustancial a las modernas sociedades, cabía concebir también, a juicio de ciertos sexólogos de la época, que no estuviera en la línea del progreso sino en una anomalía regresiva. La evolución de las especies era una teoría ampliamente aceptada a comienzos del siglo XX, pero también lo eran explicaciones más ambiguas, inseguras de que el progreso fuese la razón definitiva a la evolución de los hombres. ¿Por qué no podía la degeneración ser contraportada del progreso y no su destino?. Y así,

---

<sup>17</sup> BRISTOL, J. (ed): *Oscar Wilde and modern culture. The making of a legend*. Ohio University Press, 2008, pp.133-154.

<sup>18</sup> KRAFFT-EBING: *Psycopathia Sexualis: With Special Reference to Contrary Sexual Instinct: A Medico Legal Study*, Filadelfia, F.A. Davis, 1892.

<sup>19</sup> UGOLINI, L.: *Men and Menswear. Sartorial Consumption in Britain. 1880-1939*, UK, Ashgate Publishing Limited, 2007.

sucedían precisamente los acontecimientos de en la isla del Dr. Moreau, donde las bestias eran humanizadas por la tarea del científico, y recuperando su condición original.

Este camino de vuelta se hacía evidente principalmente en las hembras. El horror ante lo artificial –y las mujeres de apariencia bestial lo provocaban más que los hombres- se incrementaba ante el espectáculo de las hembras. La literatura de ciencia ficción rastreaba las mentalidades coetáneas, de tal modo que el problema de fondo. A finales del siglo XIX las mujeres, visibles más que nunca por sus particulares e histéricas rebeldías, contribuían a la quiebra del orden y a fomentar los inquietantes conflictos políticos y sociales. Nadie en su sano juicio podía tomar en serio la falibilidad del sistema capitalista e imperial. Los cráteres internos se daban por buenos siempre y cuando los capitales incrementaras sus rentas. Sin embargo, en dichos cráteres bullían los desarraigados: grupos de indeseables, trastornados y débiles, mujeres y niños asilvestrados por el abandono y la avaricia de las instituciones de beneficencia. Los pobres alteraban el equilibrio del sistema con su reproducción incontrolada y las mujeres retaban a sus carceleros –familia y gobierno- sin recatarse.

Las mujeres de los obreros, como las alimañas, parían niños sin control. El afecto de estas madres hacia las criaturas era desnaturalizado. La alta tasa de mortalidad entre los niños y perinatal aconsejaba no encariñarse demasiado con los recién nacidos. Por otra parte, la obscena tradición del trabajo infantil<sup>20</sup> (obscena nos parece hoy) en minas, talleres y fábricas de manufacturas se trocó en un reformismo social consistente en albergar a los niños desechados en las casas de mendicidad cuando no en los manicomios. En todos estos lugares, comenzaron a ponerse en funcionamiento técnicas y prácticas médicas orientadas a captar el origen de las irregularidades percibidas en estas criaturas subalimentadas y mentalmente débiles. El eugenismo tuvo adeptos de todo rango intelectual y condición pública. Las mujeres apreciaron en el eugenismo que justificaba y fomentaba el control de la natalidad, algo que hasta entonces no les correspondía decidir a ellas en absoluto. Un hilo de esperanza iluminó sus caras y fue ese hilo precisamente el que más problemas les causó, al ser concebidas como seres anormales capaces de ver con buenos ojos el sacrificio de la prole del hombre. Gobiernos alentados por los científicos y viceversa

---

<sup>20</sup> HONEYMAN, K.: *Child workers in England, 1780-1820*, UK, Ashgate, 2007.



escrutaron con recelo lo que para ellos era una explosión desaforada de *anormalidades*. Al encerrar a vagabundos y lisiados, a deficientes y locos en las instituciones públicas, elaboraban muestras en la que estudiar las así llamadas anomalías fisiológicas que estaban en el origen de la degradación inexorable de la humanidad moderna.

El doctor Moreau, que modelaba a sus bestias cuan fanático creador de seres humanos improbables, creía haber despejado al fin la incógnita de la vida. Pero el producto de su obra: criaturas imperfectas, a medio camino entre el horror y la comicidad, carecía de finalidad. El producto de laboratorio estaba conformado a partir de engendros destinados a no reproducirse entre sí, a consumirse en sí mismos e inconscientes del desasosiego que provocaban en los seres que les rodeaban. Esa misma candidez tecno científica podía verse en la mirada de los seres que alteraban el ritmo acelerado pero siempre armonioso de la civilización: los vagabundos que lo eran muy a su pesar y las mujeres que deseaban salir a la calle, convencidas de que podían dar la vuelta al orden imperante en las relaciones entre los sexos.

El ingeniero Tesla, aquel iluminado que a comienzos del siglo XX previó el mundo en ciernes desde sus laboratorios en Europa y América, experimentó de manera incauta los efectos de sus peligrosas investigaciones sobre la electricidad. Ciertos mecenas estadounidenses de la época, algunos de ellos mujeres –fue el caso de su amiga Katherine Johnson- que le cobijaban bajo el techo sus gruesas cuentas bancarias, le acompañaron en su particular locura. Ajenos a la idea del progreso derrotado. Entendieron que la quiebra del equilibrio imperante era precisa a fin de hacer posible el control definitivo de las fuerzas de la Naturaleza. Ninguno de aquellos empresarios o filántropos se santiguó temeroso ante las convulsiones de la atmósfera y el suelo producidas por los misteriosos experimentos con la electricidad de Nikola Tesla<sup>21</sup>.

A lo largo del XIX y fruto del encumbramiento del hombre de finales del siglo XVIII, se había desarrollado la curiosidad por los detalles más nímios acerca del carácter humano. Estos eran analizados y descritos hasta límites exasperantes en los ensayos y las creaciones literarias. La observación metódica

---

<sup>21</sup> TESLA, N.: *My Inventions: The Autobiography of Nikola Tesla*, Cosimo Inc, NY, 2007.

finisecular se ocupaba de los rasgos físicos y de la capacidad inteligente de los individuos tomando como referencia un conjunto de parámetros constatables a simple vista. El resultado de los estudios permitía decidir quién era y quién no apto para la vida y, lo que era más importante, qué elementos de la personalidad eran los determinantes para socializar al hombre. Los individuos *diferentes* no solo eran raros, sino que provocaban además un enorme recelo entre los *normales*. Se entendía pues que lisiados y *débiles mentales* eran personas anómalas que testimoniaban la degeneración de la especie y destruían el orden. Las anomalías, por lo general hereditarias, debían ser corregidas con arreglo a recias políticas gubernamentales si se quería preservar cierto control sobre la naturaleza, en la búsqueda de la pureza y la armonía en el comportamiento y aspecto de las gentes. La incursión en este terreno constituía pues un tema de higiene y orden social. La intervención dirigida por los estados y los gobiernos sobre conjuntos más o menos extensos de la ciudadanía en aspectos que se consideraban tradicionalmente propios de la esfera privada, abriría un debate acalorado.

Puede que el concepto de *higienismo social* entre hoy en el rango de la incorrección política, o que incluso la ética comúnmente admitida lo haya desterrado como idea a considerar, sustituyéndolo por una práctica más concreta y sensible, la de la medicina social. No obstante, la tradición ilustrada del higienismo alcanzó una importante representación en América y Europa - Inglaterra fue en el siglo XVIII pionera en este campo-, siendo un parte relevante de la modernidad en la educación médica desde finales del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX<sup>22</sup>. Por vez primera en su historia la medicina reconocía factores ambientales, económicos e históricos en la calidad de la salud de las personas.

### ***La especie y las mujeres***

En las postrimerías del *ochocentismo*, junto a las manifestaciones públicas de la homosexualidad, la afrenta que suponía cualquier tipo de transgresión apuntaba con furia a las mujeres en tanto sujetos por lo común

---

<sup>22</sup> ROSEN, G.: *De la policía médica a la medicina social*, (2ª ed. español), México, S.XXI, 2005.

enfermos<sup>23</sup>. En el porqué de que las mujeres estuviesen enfermas con más frecuencia que los hombres se daba relevancia a su tendencia habitual a conflictos o problemas. Las miradas se dirigían también hacia las así llamadas *nuevas mujeres*<sup>24</sup>, a quienes las sociedades victorianas juzgaban con recelo e irascibilidad. El sarpullido social que producían las chicas anómalas se entendía como la evidencia del fracaso de la civilización en su punto álgido. “*Así pues, en cierto sentido el movimiento de la “nueva mujer” señala una reversión a un tipo más genérico de carácter humano o a una expresión menos diferenciada de la naturaleza humana*”<sup>25</sup> –escribía al respecto el sociólogo Veblen, haciéndose eco de las críticas populares al respecto. En ellas, se mostraba a las nuevas mujeres como individuos taimados y egoístas, abusadoras de la generosidad de padres y esposos, trabajadores ellos abnegados, que las protegían, mimaban y consentían. Nuevas coquetas en definitiva, y expresión de la decadencia moral de los tiempos modernos. Este tipo de mujeres desaprovechaba las oportunidades del liberalismo, corrompiendo a las naciones y no alcanzando con ello ningún tipo de bienestar. Igual que a la servidumbre manumitida bajo la autocracia zarista, a las mujeres les ocurría que “*(...) Solo eran felices cuando estaban sometidas a la voluntad del amo y señor. (...) el movimiento sufragista, que había llegado a Polonia juntamente con las teorías positivistas, era un claro indicio de la corrupción nacional*”<sup>26</sup>. Esto al menos era lo que opinaba Lucian, conde polaco sin rentas, embrutecido y de vida disoluta, perseguido por la policía del zar y afiliado al anarquismo ideológico de la época, los años setenta del siglo XIX.

Entre los rasgos más significativos de estas chicas, las nuevas mujeres (aficionadas a la lectura crítica, a las tertulias intelectuales y a establecerse por su cuenta tal como solían hacer los hombres solteros), estaba la pérdida del pudor o la modestia. Algunas creían que la ciencia era un valor supremo:

---

<sup>23</sup> Véase el éxito público de los *Estudios sobre la Histeria*, de Sigmund Freud, 1895 que, si bien contribuyó a reducir el número de casos de histeria a aquellos traumas y neurosis, favoreció la prevalencia de la asociación entre *mujer y enfermedad*, tan duradera aún en nuestros días.

<sup>24</sup> PATTERSON, M. (ed): *The American new woman revisited: a reader, 1894-1930*, Rutgers University Press, 2008. Sobre el concepto de *nueva mujer* en España, KIRKPATRICK, S.: *Mujer, Modernismo y Vanguardia en España, 1898-1936*, cap. 1., Madrid, Catedra, Universidad de Valencia, 2003, pp. 29-80.

<sup>25</sup> VEULEN, Th. B.: *Teoría de la clase ociosa*, (1899), México, FCE, 2004, p. 301-306.

<sup>26</sup> BESHAVIS SINGER, I.: *La casa de Jampol*, op. cit., p.249.

*“Marian aseguraba que todas las verdades podían ser descubiertas en el laboratorio, con la sola ayuda de un microscopio y un telescopio. Siguiendo a Darwin sostenía que el hombre desciende del mono, y ponía en duda que los hombres fueran los únicos seres racionales existentes en el cosmos. A su parecer, no había verdades que no estuvieran al alcance de la comprensión de los hombres”<sup>27</sup>.*

Así que Marian encontraba pretextos para dejar de ir a misa e incluso, siempre bromeando, blasfemaba contra Dios.

Ellas, y no eran pocas, defendían la causa del sufragio femenino en las calles, a voces desde las tribunas, la policía acordonando al público, pero también ante un público snob, en recintos acotados y a mayor gloria de mecenas impulsivas que buscaban el modo de lucir sus cualidades<sup>28</sup> mediante esta nueva atracción de feria. Las primeras sufragistas<sup>29</sup> se exhibían furiosas o sufrientes ante una masa que, desconcertada por el alboroto, terminaba por tildarlas de locas. A juicio de la prensa<sup>30</sup> hostil, la visibilidad de la degeneración de la especie se materializaba en estas mujeres: subversivas y en las antípodas del decoro burgués. La trivialidad de algunas de sus causas, por ejemplo el uso de pantalones en lugar de la falda<sup>31</sup>, traía polémica al ser las chicas tachadas de indecorosas.

A finales del XIX, la conciencia general atribuiría a las mujeres la adquisición *genética* a lo largo de la historia de la humanidad de una especial capacidad para faltar al decoro, si se lo proponían. El médico Ezriel Babad apoyaba este particular, opinando para sí que, por lo que a los síntomas de sus particulares enfermedades, *“Las mujeres eran más propicias que los hombres a las alteraciones de carácter erótico”<sup>32</sup>.*

Esta incapacidad para defender los bastiones del comedimiento estaría en la naturaleza de la especie, de las hembras en relación con los varones. El determinismo fisiológico avocaba a las chicas a la bestialización de su comportamiento, reprimido tradicionalmente por la férrea corrección del corsé

---

<sup>27</sup> BESHAVIS SINGER, I.: *La casa de Jampol*, op.cit., p. 256.

<sup>28</sup> Uno de los personajes más lúcidos creados por la literatura, y que se ajusta a este modelo de mujer es el de Verena Tarrant, en el libro de Henry JAMES: *Las bostonianas*, Barcelona, Debolsillo, 2007.

<sup>29</sup> Ver el clásico de STANTON, E. C, et alii.: *Harper History of Woman Suffrage: 1900-1920*, Fowler & Wells, 1922.

<sup>30</sup> PHELPS, E. M.: *Selected articles on woman suffrage* (2010), Biblio Bazaar, 2010.

<sup>31</sup> Sobre la vestimenta como forma de resistencia femenina no verbal, ver CRANE, D.: *Fashion and its social agendas: class, gender, and identity in clothing*, University of Chicago Press, 2000, pp.99-130.

<sup>32</sup> BASHERVIS SINGER, I.: *La casa de jampol*, op.cit. p. 472.

social. Al aflojarse la prenda, tomaba forma la naturalidad animalesca de las mujeres, cuya perversión original las volvía feas y deshonorosas para la especie. En el culmen de la degeneración, se anotaba que incluso las bestias eran más conscientes que las mujeres de su naturaleza deshumanizada, y buscaban por ello el decoro que ellas despreciaban:

*“A veces, cuando en un estrecho sendero me cruzaba con una figura femenina vestida de blanco y un súbito arranque de valor me permitía mirarla a los ojos, descubría, con tremenda repulsión, que sus pupilas eran achinadas y, al bajar la mirada, apreciaba la uña en forma de garra con que sujetaba su informe envoltura. (...) estas extrañas criaturas –me refiero a las hembras- parecían instintivamente conscientes de su repulsiva fealdad, y mostraban en consecuencia una preocupación más humana por el decoro en el vestir”<sup>33</sup>.*

El desorden que acarreaba la *nueva mujer* daba pie al desatino generalizado. *“Algunos –primero las hembras, según observé con cierta sorpresa- comenzaron a hacer caso omiso de las normas del decoro, casi siempre deliberadamente. Otros incluso se rebelaron en público contra la institución de la monogamia”<sup>34</sup>*, manifestaba el único superviviente de la Isla del Dr. Moreau, en la que habitaban las ya señaladas bestias pretendidamente humanizadas. Estas prácticas eran posibles por la natural violencia social moderna y las controvertidas técnicas de la vivisección.

Pareciera que el orden social finisecular se hubiera moldeado de acuerdo a una violencia sexual intensa aunque soterrada. Los antiviviseccionistas denunciarían las prácticas de la experimentación con animales para fines médicos, señalando el alto coste económico de las técnicas y su escaso rendimiento, ya que –se alegaba- ni siquiera reportaban conocimientos valiosos<sup>35</sup>. El destino de los animales y el de las mujeres estaban netamente vinculado entre sí. Y ello, por el morbo que causaban en la opinión pública los extraños asesinatos de mujeres<sup>36</sup> que de tanto en tanto se producían en las grandes ciudades de la Europa industrial. En algunos de los casos del famoso archivo del Destripador de Londres, como el de la asesinada Annie Chapman (1888), las mutilaciones del cuerpo –propias de cirugías ginecológicas-

---

<sup>33</sup> WELLS, H.G.: *La isla del Dr. Moreau*, (1896), Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 110.

<sup>34</sup> WELLS, H.G.: *La isla del Dr. Moreau*, (1896), op.cit, p.160.

<sup>35</sup> ENDERSBY, J.: *Una historia de la biología según el conejillo de indias*, Madrid, Ariel, 2009, pp. 242-243.

<sup>36</sup> HARRIS, R.: “Melodrama, Hysteria and Feminine Crimes of Passion in the Fin-de-Siècle”, *History Workshop* 25, primavera de 1888, pp. 32-33.

apuntaban a un trasfondo de sólidos conocimientos anatómicos. Perplejos ante lo que veían, los médicos no ocultaban a la prensa que ellos mismos eran capaces de las hazañas quirúrgicas del asesino en un tiempo record. Esta certeza alteraba aún más a la opinión pública que proponía para aclarar los casos todo tipo de hipótesis -incluida la extirpación y venta de órganos para los experimentos viviseccionistas- poniendo en alerta a las autoridades médicas, que vieron así peligrar sus experimentos con animales y órganos humanos por causa de la alarma pública.

Durante las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XIX en Inglaterra, algunos sectores de opinión fervientes defensores de la Ciencia, lanzaban acusaciones sobre los panfletos de las feministas, los libertarios y, en general los enemigos de la vivisección, en el sentido de que atacaban los avances científicos de la medicina. A su juicio, esta publicidad antiviviseccionista había establecido una perversa conexión imaginaria entre el destino de los animales y el de las mujeres, que compartirían supuestamente, además de los desmanes morales cometidos por la sociedad victoriana, el sadismo de los médicos viviseccionistas<sup>37</sup>. Ya antes de los crímenes de 1888, solo en 1885 se habían publicado más de ochenta y un mil documentos, entre libros y panfletos, antiviviseccionistas. Preocupaba en especial el exceso en el número de extracciones de ovarios realizadas por los médicos en pacientes y cadáveres. Y aunque los médicos defenderían la experimentación en animales y mujeres (*ovariotomía*), para preservar la salud ginecológica de las mujeres -esposas e hijas de los honorables caballeros- la publicidad opuesta a sus prácticas no dejó de relacionar las actuaciones quirúrgicas modernas con los antiguos escándalos de los médicos, que por la falta de regulación al respecto se valían de ladrones de cadáveres para poner sobre su mesa de autopsia los cuerpos fallecidos de pobres o vagabundos a quienes nadie iba a reclamar.

Ciertamente, una pátina de religiosidad y conservadurismo tiñó en parte las críticas a los viviseccionistas. En ellas se aludía al escándalo que suponía indagar en los misterios del sexo femenino, máxime si con ello se privaba a las mujeres de su identidad como tales. Los médicos, instados tal vez por opiniones tan hostiles a sus investigaciones, y compartiendo algunos la idea de que la

---

<sup>37</sup> WALKOWITZ, J.W.: *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre el peligro sexual en el Londres Victoriano*, Madrid, Cátedra, 1992, pp.401-406.

esencia femenina se albergaba en los ovarios, llegaron a pensar que efectivamente, la extracción de los ovarios podía llegar a anularlas en su condición sexual<sup>38</sup>.

Que las mujeres asesinadas en Londres en 1888 fuesen, además de mujeres, pobres y prostitutas, incrementaba la desorientación general con respecto a la modernidad, el progreso y la garantía social. Mujeres y hombres de clases modestas, irritados por la imagen indecorosa que de sus vidas daban los medios, se movilizaron en una cruzada moral. La *Asociación Nacional de Vigilancia*, la *Asociación de Higiene Moral y Social*, o el *Consejo de Asistencia Moral de la Iglesia de Inglaterra*<sup>39</sup> fomentaban la defensa de la pureza social. Y es que en los ambientes de finales de siglo, y sin que la opinión pública se diese por enterada de la enorme compartimentación existente en el seno de las clases medias europeas, la forma de interpretar el malestar en la sociedad era dicotómica y estaba radicalizada, ya fuesen los asuntos de gran o de pequeño calado. Así, sobre la miseria asociada a la degeneración no se estilaban explicaciones multifactoriales –las que hubieran abordado con razonable medida el porqué de la extrema pobreza en el corazón de los pujantes Imperios europeos. Y allí donde hoy vemos con obviedad la expresión de viejas y complejas relaciones de género, entonces se apuntaba a la culpa del antagonismo social. Desde este enfoque, un grupúsculo pequeño aunque viciado amenazaba con emponzoñar a la sociedad moderna, próspera y estable. Los crímenes, las horribles vivisecciones callejeras, no eran propios del Imperio sino que se producían en el seno de los grupos marginales de la población urbana: lugares de bestialidad, almacenes de escoria humana fácilmente eludibles en los paseos dominicales de los súbditos bien pensantes de la Corona de Su Majestad. En esta población en cambio, mayoritaria, reinaba el orden y el ya mencionado decoro, y por esto era normal que los burgueses se sintiesen horrorizados por todo cuanto leían en los periódicos en relación con los acontecimientos que se sucedían en ciertas zonas ilícitas de la ciudad que por supuesto ellos no visitaban jamás. Desde este punto de vista, y aunque lamentando en uso de la

---

<sup>38</sup> MOUSCUCI, O.: *The Science of Woman, Gynecology and Gender in England. 1800-1929*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 137-154.

<sup>39</sup> Acerca de los movimientos prostibularios en Europa y América, TROCHON, I.: *Las rutas de Eros*, Barcelona, Taurus, 2006.

caridad cristiana la suerte de las pobres desdichadas, era sencillo concluir que la vida depravada de las mujeres asesinadas –y no otra razón- las había empujado hacia el instrumental que el misterioso destripador extraía de su maletín negro con pericia médica en sus correrías nocturnas.

Eludida toda culpa o falta del sistema, el énfasis puesto en la mencionada bestialización de las clases bajas -harapientas y degeneradas por definición- movilizó a sus miembros en defensa del restañamiento de una imagen pública deteriorada, y en contra de la elusión de responsabilidad por parte de los caballeros. Se perfilaba el advenimiento de la sociedad de masas y los guardianes de la moral se vieron obligados a tomar en consideración ciertas molestas reacciones del grupo más numeroso. Atrás quedaba el tiempo en que el que se desoía la voz anónima de los sin voto. De una u otra forma, bien como víctimas propiciatorias de asesinos misteriosos, bien en su calidad de cobayas de laboratorio de médicos sin escrúpulos, las mujeres se situaron en el centro de atención de la opinión pública.

A las mujeres maltratadas por manos anónimas se las miraba con pena, pero también con cautela o temor y a menudo con una buena dosis de asco, pues ellas eran en definitiva seres deficientes, inapropiados a la especie a la que no obstante, generación tras generación, daban a luz. Acosadas unas en la calle, desde las aceras en sombra, visibles otras en la prensa sensacionalista, que las exhibía marginales y desgarradas, el miedo burgués se desató en torno a ellas. Miedo a que el exceso de exhibición pública acabase con el mito del decoro. Precisamente cuando se manifestaba públicamente el deseo del voto y de la participación ciudadana, las agresiones y la exposición pública de las mujeres tuvieron el efecto de retraerlas a los ámbitos privados, pretendiéndose alejarlas de las tentaciones -propias y ajenas-, y a resguardo de abusos.

No duraría sin embargo mucho esta constricción moral y social en las sociedades liberales europeas del último cuarto del siglo XIX. Con el tiempo – los eventos criminales londinenses se hicieron un lugar en la mitología europea, como si no hubiesen sido otra cosa que cuentos de viejas para niñas respondonas. El temor a que las señoritas anduviesen solas por la calle se fue mitigando por obra de los cambios en las mentalidades y las mujeres retomaron sus largos paseos en solitario al aire libre del campo o bajo las miasmas de las ciudades sin otra preocupación que la de pillar una insolación o un catarro.



Cabe recordar no obstante que, bajo formas diversas, persistieron ciertas las secuelas de la misteriosa enfermedad moral contraída por las sociedades europeas en el último tercio del XIX. En los parques, bajo la mirada despreocupada de madres o nodrizas, los niños practicaban con las niñas el juego del asalto y las mutilaciones (*snatching*), atormentando inocentemente a sus compañeras con los supuestos comportamientos del famoso Jack, el asesino misterioso que, con pericia de cirujano, abría el abdomen de las chicas dejando expuesta a los ojos de los viandantes su íntima feminidad.

### ***Eugenismo a la moda***

Contra la pretendida inmoralidad floreciente en las regiones de Europa que florecían en términos económicos y comerciales, los grupos que creaban opinión, próximos a los gobiernos plantearon acciones depurativas que iban más allá de la piedad correctiva del cristianismo. Parecía que las comunidades de obreros crecían de forma descontrolada y con ellas –se alegaba– toda suerte de vicios<sup>40</sup> impropios de la condición humana. El razonamiento podía darse a la inversa: era el pecado, natural en las clases bajas de la sociedad, el que generaba la pobreza y daba pie al crecimiento incontrolado de un tipo de población, la obrera, deseable en términos económicos siempre y cuando pudiera ser controlada a demanda del empleador.

El movimiento más conocido por lo que al control de la especie en términos científicos se refiere fue el conocido como Eugenista. Durante el último tercio del siglo XIX se había inaugurado en Gran Bretaña esta corriente<sup>41</sup>, inspirada teorías vinculadas con la selección natural de las especies. En 1904 Francis Galton leía en la London School of Economics ante la recién creada *Sociological Society* una ponencia titulada *Eugenics; its Definition, Scope and Aims*, conferencia que llegaría a ser muy popular. En el texto<sup>42</sup> Galton desplegaba conjeturas acerca del genio intelectual y la herencia de las

---

<sup>40</sup> Para la realidad española ver ROBLES, C.: “La condición moral de los obreros en los informes de la Comisión de Reformas Sociales, 1884-1886”, *Revista de Política Social*, *Revista de Política Social*, nº 142, 1984, pp. 79-109.

<sup>41</sup> FARRALL, L.A.: *The Origins and Growth of the English Eugenics Movement 1863-1925*, Tesis Doctoral, Indiana University, 1970.

<sup>42</sup> GALTON, F.: *Eugenics; its Definition, Scope and Aims*, publicado en *Sociological Papers*, 1904, Leplay House, 65 Belgrave Road, S.W., y reimpressa en 1908 en *Essays in Eugenics*. (Eugenics Education Society).

facultades humanas, en cuya elaboración había aplicado los principios de la selección natural definidos por su famosísimo primo, Charles Darwin. En 1907 se había fundado la *Eugenics Education Society*, o *Eugenics Society*, una de las primeras y más emblemáticas instituciones defensoras del movimiento eugenista.

En 1910, entre los seguidores más afamados del señor Galton se encontraba Winston Churchill. El por aquellos días Secretario de Interior británico sostenía en público que los así llamados *débiles mentales* eran un peligro para la sociedad. Esta creencia estaba muy arraigada en la opinión pública que, desde posiciones moderadas hasta algunas más extremistas, compartía con el político una concepción de la sociedad exigente y perfectible en términos físicos y morales. Las enfermedades mentales y las deformidades físicas obstruían el camino de las naciones hacia el auge, exteriorizando de manera contraproducente los síntomas de la decadencia. De modo que, en plena era de la confianza en la Ciencia como motor del progreso controlado por el hombre, se hacía hueco la extraña idea de que la vida los seres humanos era fundamentalmente biológica y por ello mismo recusable en sus elementos erróneos.

De la novedad y aceptación pública del eugenismo<sup>43</sup> llama profundamente la atención que, siendo una corriente de pensamiento lesiva para los intereses de los débiles, fueran no obstante las mujeres, feministas, algunas de las personas más involucradas en su defensa y difusión. En especial las americanas del primer tercio del siglo XX, las feministas encontraban en el eugenismo una fuente de inspiración para manejar en beneficio propio algunos de los resortes sociales que las acuciaban desde siempre. La función reproductiva asignada a las mujeres sería piedra de toque esencial. Las ideas eugenistas podían hacer tambalearse las creencias que asignaban a los individuos en su particular contrato con Dios, la responsabilidad de procrear. El eugenismo justificaba la injerencia de los poderes públicos en asuntos tan privados como la reproducción por el beneficio de la salud genética de las generaciones en curso y venideras. La coartada del interés genérico de la especie no era por otra parte un argumento ajeno a la religión. En la era de la ciencia y

---

<sup>43</sup> Una historia de eugenismo, KEVLES, D.J.: *In the Name of Eugenics*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1995.

del progreso algunos hombres y mujeres de fe defendieron que el hombre debía colaborar con Dios en la dignificación de su especie evitando en lo posible la degeneración, usando para tal fin las herramientas de la inteligencia obra de Dios. Si este tipo de premisa religiosa era sólida, ¿porqué no tener en cuenta argumentos éticos similares? Estos señalaban que la intervención de la política en la cuestión reproductiva contribuía a la mejora de la salud de las mujeres, a quienes una tradición bárbara y desconsideraba con su sagrada condición de madres, al hacer de ellas paridoras compulsivas, venía obligando a comportarse como las bestias. La evidencia del daño derivado de estos hábitos sobre los cuerpos femeninos interesó y mucho a las feministas que, encontraron en el eugenismo una coartada racional para sus reivindicaciones relativas al control de la natalidad.

Las mujeres pusieron sobre la mesa la cuestión de que eran ellas y no los hombres quienes daban a luz hijos de manera descontrolada, propiciando el deterioro de la especie. La quiebra progresiva de la salud de las madres, desgastadas por los embarazos, se transmitía a los hijos. Muchos de los pequeños morían prematuramente y los que sobrevivían estaban atacados de lo que entonces se denominaba debilidad congénita. Con pocos medios económicos en las familias, la mera existencia de estas criaturas, totalmente dependientes de la madre y los hermanos, lastraba la supervivencia de las criaturas más fuertes.

Este razonamiento tenía sus riesgos porque recuérdese que el control voluntario de la natalidad como tal era considerado un asunto tabú, cuando menos de dudosa moralidad –muchas veces asociado a los métodos profilácticos para evitar las enfermedades venéreas- y por lo general molesto. Hacia 1800 la ciencia económica sugería ya el control de la natalidad. Jeremy Bentham se había mostrado partidario de él entre los pobres, siervos dependientes, para evitar a los señores la desagradable obligación de tener que sostenerlos. La llamada de atención de Malthus, hacia 1820, sobre el incremento geométrico de las personas en relación a los alimentos, defendía un control de los nacimientos igualmente selectivo. Unos y otros (Place, Godwin, Ricardo, o Mill), a caballo entre los siglos XVIII y XIX, discutieron el asunto bien en términos de eficiencia para el boyante sistema del Capital, bien en términos humanitarios, para ahorrarles a muchos el mal trago de nacer y morir en la miseria.

Pero en la década de 1890 la cuestión de la reproducción adquirió un tinte claramente femenino, alejada de los grandes supuestos históricos, científicos o económicos que la habían introducido en los debates sociales. Las revistas femeninas anglosajonas anunciaban dispositivos anticonceptivos para las mujeres y algunos métodos para interrumpir el embarazo. No era tampoco inusual oír hablar a las chicas de *deseo sexual*, de *amor libre* o de *aborto*. Sería la siguiente generación –a comienzos de la segunda década del siglo XX- la que lanzó estas cuestiones a un público más amplio. En 1918 la inglesa Marie Stopes publicó *Amor Conyugal y Paternidad Responsable*, dos libros traducidos a varios idiomas y éxitos de venta. La autora –católica convencida por otra parte- defendió la práctica de la anticoncepción, mencionando en sus intervenciones públicas la importancia de sus creencias religiosas precisamente en la elección de una maternidad responsable. En 1921 abrió una clínica dedicada al control de la natalidad muy visitada por mujeres de una posición económica y social holgada, siendo así la década de los años veinte la que vería surgir la práctica del control de la natalidad en los países nórdicos, Gran Bretaña o Alemania<sup>44</sup>.

En general en Europa la anticoncepción fue ganando adeptos enseguida, favorecida quizá por la complejidad de los tiempos bélicos en ciernes. De hecho, en los años cuarenta la tasa de natalidad –muy baja ya en comparación con las décadas anteriores- no difería sustancialmente entre los países de tradiciones católica y protestante, lo que indica la importancia que las mujeres (sin duda apoyadas por no pocos varones) dieron a la planificación del número de hijos a la hora de afrontar el matrimonio y la familia. En las clases trabajadoras, la planificación enfrentaba el obstáculo del coste de la anticoncepción, de tal manera que la moderación y la templanza seguían siendo sin embargo los consejos habituales, provenientes incluso de los líderes obreros. El control de los embarazos era aún caro por lo que resultaba útil considerarlo moralmente reprochable. Por otra parte, tenía sentido fomentar el crecimiento de la clase obrera precisamente en una etapa de la historia contemporánea que ponía en solfa el modelo liberal y burgués. Que los socialistas imitaron a destiempo el viejo patrón de comportamiento familiar burgués del siglo XIX es algo bien estudiando en la historiografía europea –Eric Hobsbawm, Joan Scott, Katheleen

---

<sup>44</sup> ANDERSON, B.S. et alii: *Historia de las mujeres: una historia propia*, Madrid, Crítica, 2009, p. 684.

Canning- relativa a la historia social y a la formación de la familia contemporánea<sup>45</sup>. Entre los años veinte y treinta ciertos dirigentes izquierdistas quedarían si acaso receptivos al control de la natalidad, fascinados por la moda de la ciencia eugenista.

A pesar de la progresiva aceptación de que reproducción y sexo podían andar por vías paralelas, la timidez en las relaciones de pareja siguió siendo la norma moral imperante en el tránsito del siglo XIX al XX. De modo que, sin renunciar al espacio conseguido por las nuevas mujeres, y ante las circunstancias, estas tomaban nota de que quizá no les conviniese desterrar totalmente los viejos atavismos. Veían a los líderes sociales ufanarse de la protección y el cuidado de *sus* mujeres, escuchando en sus discursos el lema de que ellas eran sagradas porque garantizaban de la perpetuación de la especie, que no era otra que la del trabajador. Bajo todas las ideologías, en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial los hombres procuraban aún mantener el vínculo paternalista sobre las mujeres. Observando en ellos este afán protector, las mujeres confiaron en que aceptasen las justificaciones médico-sanitarias que antecedian a las prácticas de control de la natalidad.

La ciencia eugénica consideraba la conveniencia de limitar el número de partos de las mujeres a la par que fomentar la calidad genética de la especie, ya lo he dicho. De modo que con las escasas herramientas del conocimiento científico de la época, políticos y médicos trataron los aspectos más delicados de la reproducción en términos de interés público y por primera vez sin el menor reparo moral. Mediante las estructuras sanitarias adecuadas, los gobiernos y las sociedades confiaron en moldear el aspecto de la población, en el sentido de convenir el número de individuos adecuado, así como la *calidad* de los mismos<sup>46</sup>. Si la especie no trabajaba en favor de sí misma seleccionándose de manera natural, evitando el nacimiento de personas defectuosas, dejando con vida solo a los mejor dotados, el hombre lo haría usando la ciencia. Podar las ramas enfermas a fin de salvar el árbol no era un pensamiento minoritario ni

---

<sup>45</sup> Para el particular caso español, MARTIN, F. de L.: "Familia, matrimonio y cuestión sexual en el socialismo español (1879-1936) en LORENZO PINAR, F.J. (ed): *La familia en la historia*, Salamanca, Aquilafuente, 2008, p. 290.

<sup>46</sup> Para el periodo franquista en España, ver POLO BLANCO, A.: *El gobierno de las poblaciones en el primer franquismo*, (1939-1945), Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, pp. 124-182.

marginal. Antes bien, conformaba un centro de historia, fundamental en aquel occidente contemporáneo del que somos herencia.

Apenas recordamos ya el modo en que, dentro de las naciones consideradas cima del liberalismo y la democracia, los aquejados de enfermedades psíquicas eran segregados y sometidos a todo tipo de prácticas médicas a fin de buscar su *normalización* o, en el mejor de los casos, evitar que procrearan. En los Estados Unidos de América, la ley del Estado de Indiana en 1907<sup>47</sup> obligaba a la esterilización de los enfermos mentales, convirtiéndose en un experimento modelo para el resto del país<sup>48</sup>. Objetivos de este experimento eugénico fueron las personas de comunidades pobres en las zonas rurales, de aspecto supuestamente subhumano, *blancos degenerados* originarios –se decía- del norte de África o de Oriente. Esta gente se habría *convertido* en gitanos, musulmanes, seres de razas y costumbres pervertidas e inaceptables, incluidas el alcoholismo o la drogadicción<sup>49</sup>. Se creó un comité especializado en investigar la *salud mental* de Indiana. Los reclusos de la Prisión Estatal padecieron los ensayos de las modernas técnicas de la vasectomía y castración. Pese a ser declarada inconstitucional por la Corte Suprema de Indiana, en 1925 se intentó que volvieran a estar en vigor los principios de la Ley de 1907. De hecho, a la hora de justificar ante el Congreso de los Estados Unidos la Ley de Cuotas a la Inmigración de 1924, y para limitar el acceso de poblaciones del Medio Oriente, se echó mano del ejemplo de los *degenerados* de Illinois, Indiana, que procedían supuestamente de áreas inespecíficas del Mediterráneo oriental y cuyo abultado número –se argumentó- obstaculizaba el desarrollo saludable de la nación.

---

<sup>47</sup> BOWER, M. "The Historical Marker Database: 1907 Indiana Eugenics Law." 2008. En: <http://www.hmdb.org/marker.asp?marker=1829>.

<sup>48</sup> LANTZER, J.: "The Indiana Way of Eugenics: Sterilization Laws 1907-1974." En: *A Century of Eugenics in America: From the Indiana Experiment to the Human Genome Era*, Indianapolis, Indiana University Press, ed. Paul Lombardo, 2011, pp. 26-45.

<sup>49</sup> Muchas de estas personas en Indiana fueron clasificadas en el seno de la que se conoció como *Ishmael tribe*, y durante dos tercios del siglo XX los *ishmaelitas* simbolizaron la asociación entre pobreza, degeneración mental y decadencia racial, siéndoles aplicadas legislaciones eugenistas, entre otras la esterilización de los varones. Entre 1907 y 1975 fueron esterilizadas más de 2500 personas en razón del criterio de la depuración de la especie. En la Feria Mundial de Chicago, en 1933, cuya temática era la ciencia, se mostraba a los *ishmaelitas* como ejemplo del daño de estos individuos a la especie y como muestra de los avances científicos para frenar este proceso degenerativo. Ver: DEUTCH, N.: *Inventing America's "Worst" Family. Eugenics, Islam, and the Fall and Rise of the Tribe of Ishmael*, University of California Press, 2009.

En torno a 1929 –hito universalmente reconocido por la crisis más importante del Capitalismo hasta la época- un conjunto de leyes similares a las de Indiana fueron introducidas en la mayor parte de los Estados de la Unión<sup>50</sup> sin que esta acción legal ocasionara resonancia pública o movimientos de oposición significativos. En el contexto de crisis profunda de los Estados Unidos de América durante el primer lustro de los años treinta, a la gente no le importaba qué se hacía con los seres deficientes, enfermos o marginales, máxime si, al desaparecer estos en el horizonte público, los escasos recursos estatales se dirigían hacia los individuos que estaban en mejores condiciones de salir adelante. Muchas mujeres aplaudieron estas leyes que les aliviaba parte de la carga. En Alberta, Canadá, fueron precisamente las granjeras –*The United Farm Women of Alberta*- quienes, asociándose, promovieron la aplicación de una legislación eugenista (1924) en la población de *débiles mentales*<sup>51</sup>. La ley sobre la esterilización de deficientes mentales fue aprobada en 1928 y puesta en funcionamiento en 1929.

La popularidad del movimiento eugenista en Europa<sup>52</sup> no fue menos desdeñable. La Ley sobre Deficientes Mentales en Gran Bretaña –aprobada por la mayoría de partidos políticos como una medida de bienestar social-, y la Ley de Esterilización Danesa por ejemplo, ambas de 1929, eliminaban el peligro de los enfermos mentales severos, recurriendo a meros *tests* a fin de determinar el grado de desviación del sujeto sobre la supuestamente correcta capacidad mental de la media de la población.

Merece la pena recordar que, pese a todo, al adquirir el eugenismo y sus derivadas teorías sociales buena reputación en la Europa y los EEUU del primer tercio del XX, facilitaba que se desvelasen cuestiones tabúes, relacionadas con la salud y la higiene de la población, y que se legitimaran las diferentes tomas de postura al respecto. Puede que defender el control de la natalidad bajo el argumento de que las mujeres tenían derecho a decidir sobre su cuerpo fuera

---

<sup>50</sup> STERN, A.: *Eugenic Nation: Faults and Frontiers of Better Breeding in Modern America*, Berkeley, University of California Press, 2005.

<sup>51</sup> GREKUL, J. et alii: “Sterilizing the “feeble-minded”: Eugenics in Alberta, Canada, 1927-1972” *Journal of Historical Sociology*, vol 17, n°4, pp. 358-384, p. 362.

<sup>52</sup> BOLLMANN, J.: *The influence of eugenics on the social welfare legislation of Britain and Denmark in 1913 and 1929*, 15 Jun 2009. [http://www.bukisa.com/articles/109457\\_the-influence-of-eugenics-on-the-social-welfare-legislation-of-britain-and-denmark-in-1913-and-1929-](http://www.bukisa.com/articles/109457_the-influence-of-eugenics-on-the-social-welfare-legislation-of-britain-and-denmark-in-1913-and-1929-)

algo desproporcionado aún pero, precisamente por la intención eugenésica de esta defensa, la campaña por el control de la natalidad en los años veinte terminó siendo una herramienta eficaz para el progresivo control de las mujeres sobre su propia biología. Activistas tan valientes como Margaret Sanger se aplicaron en la defensa del eugenismo por el objetivo del control de la natalidad<sup>53</sup>.

Pero qué duda cabe que el éxito de las teorías eugenistas no mermó en absoluto el integrismo religioso de algunas sociedades finiseculares, que sugería con igual ahínco que siempre que cada cual había de estar preparado para aceptar su cruz. En el caso de las mujeres, el discurso de la resignación<sup>54</sup> se asociaba al número ilimitado de nacimientos, la alimentación y la educación de los niños. Siempre en el límite de la enfermedad, se suponía que las mujeres del XIX y comienzos del XX habitaban la ciencia médica mansamente y por costumbre. El argumento del costo de la salud personal que defendían las mujeres eugenistas carecía de interés a ojos de quienes primaban un modelo social corporativo<sup>55</sup> en el que las mujeres, enfermas o no, cumplían una función precisa.

Así, resultando obvio que la delicadeza natural de las señoritas, la finura de su talle o la frescura de su busto, quedaban arruinados tras los primeros partos, la eventualidad de la ruina física era irrelevante, pues la tersura virginal de las primíparas se trocaba en una pátina de certera dignidad. Siendo la pérdida de la salud y hasta de la vida el destino habitual de las mujeres que parían sin descanso, una joven y perspicaz Irene Nemirovski apuntaría al asunto más sutil de la pérdida de lozanía de estas mujeres, dejándonos entrever el sentimiento de fraude que, incluso a las mejores, acompañaba a las madres:

*“(...) tenía cuarenta y siete años y cinco hijos. Era una mujer visiblemente destinada por Dios a ser pelirroja. Tenía la piel en extremo delicada y ajada por los años, y la nariz, recia y majestuosa, salpicada de*

---

<sup>53</sup> SANGER, M.: “Birth Control or Abortion”, en *The Birth Control Review. Dedicated to the Cause of Volunteer Motherhood*, diciembre, 1918.

<sup>54</sup> JAGOE, C. et alii.: “Sexo y género en la medicina del siglo XIX”, en *La mujer en los discursos de género: textos y contextos en el siglo XIX*, Barcelona, Icaria, 1998, pp. 305-368.

<sup>55</sup> Ver la lectura italiana de entreguerras en SPIRITO, U. (1933), *Capitalismo e corporativismo*. Firenze, Sansoni, 1933, y un enfoque hacia el neocorporativismo en FERNÁNDEZ RIQUELME, S.: “La posibilidad corporativa: técnica y trabajo en la historia de la política social”, en *Entelequia*, Núm. 13, primavera 2011, pp. 211-303.



*pecas. Sus ojos verdes lanzaban miradas tan penetrantes como las de un gato. (...) la Providencia debía haber dudado o considerado que una melena explosiva no armonizaría ni con la irreprochable moralidad de la señora (...) ni con su posición, y le había dado un cabello castaño mate que perdía a puñados desde el nacimiento de su hijo menor*<sup>56</sup>.

### ***En conclusión***

Las crisis habían sido interpretadas por los antiguos desde la óptica del naturalismo, como destino cíclico en la historia, y por los modernos en razón de la incapacidad de los hombres para sostener ilimitadamente el tiempo de gobierno sobre un espacio dado. Al margen de las crisis históricas experimentadas por algunas de las sociedades más opulentas en sus momentos auge<sup>57</sup>, crisis que provocaban ánimos encontrados y desalientos colectivos, lo cierto es que la sociedad en tránsito entre los siglos XIX y XX se identificó con un enorme grado de satisfacción por lo que a sus logros materiales se refiere. La eficiencia del siglo XIX resultaba paradójica. Con una estructura de clases en tránsito hacia las democracias de masas, los herederos de las revoluciones industriales, si bien dominados por el pavor ante los efectos de un sistema que culmina, apreciaban favorablemente los elementos que la ciencia y la tecnología moderna ponían a su alcance. Se intuía la decadencia de Europa, pero los ciudadanos de los Imperios se resistían al destino, y lo hacían dejándose llevar por la inercia del momento, eludiendo en unos casos considerar siquiera el problema, en otros por medio del chovinismo, afianzándose en los elementos que habían hecho poderosas a unas naciones que entreveían ya su decadencia. Los antiguos desclasados, las potencias que se aprestaban a serlo o las mujeres, percibían un momento de singular oportunidad y remozaban las viejas utopías: emancipación e igualdad entre los sexos. Estos mismos sujetos históricos reavivaban la utopía del progreso de los pueblos, fundamentada en el crecimiento material tendente al bienestar de las personas.

---

<sup>56</sup> NÉMIROVSKY, I.: *Suite Francesa*, Op. Cit., p. 35.

<sup>57</sup> Ver el ya clásico pero imprescindible ensayo histórico de Paul KENNEDY: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Debolsillo, 2004. También, "Generación y corrupción", en HARDT, M. y NEGRI, A.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2005, cap. 17, pp. 391-412.

En la forma paradójica de la crisis a comienzos del siglo XX, la modernidad tecnológica seguía admirando a propios y extraños precisamente por sus efectos sorprendentes sobre la vida corriente. Pero esta admiración – sentimiento de orgullo- no era suficiente para erradicar el malestar por la deriva *corrupta* de la civilización. En la búsqueda de soluciones que dieran al traste de una manera rápida y eficiente con la degeneración, se identificaban chivos expiatorios que purgasen los males sobrevenidos a las sociedades avanzadas. El concepto muy utilizado en las últimas décadas –de tránsito entre los siglos XX y XXI- de la fragmentación podría ser útil en parte a la hora de nombrar la paradoja indicada. Si se trata es de expresar en un lenguaje actual la situación a finales del XIX, salvando las distancias que procuran los particulares contextos históricos, y sin ánimo de eludir la conversación sociológica, filosófica e histórica que tuvieron los ensayistas de finales del XIX, ciertos análisis del último tramo del siglo XX pueden ser eficientes.

Tanto aquellas como estas, las industriales serían sociedades proclives a sentirse en riesgo de una forma imprecisa pero acuciante, un riesgo que atañe al desmoronamiento del orden, del modelo civil y a los usos cotidianos que han funcionado dando cobertura al crecimiento y la bonanza<sup>58</sup>. En una situación de decadencia, los grupos sociales que se observan a sí mismos desordenados ¿tienen alguna capacidad para reconstruirse? A la luz de la historia, la respuesta es negativa, ya que ante la incertidumbre<sup>59</sup>, la alarma que acompaña a los momentos de opinión se tornaría en desconfianza o miedo y este tendería a adoptar manifestaciones patológicas<sup>60</sup> consensuadas bajo formas de indignación y recelo mutuo. Ciertamente el sociólogo Max Weber<sup>61</sup> ya había sugerido en sus escritos que la sociedad industrial tenía el malévolos efecto de extrañar a las personas de su condición humana. Las claves de la desazón fin de siglo residían en el uso exacerbado de la razón y el pragmatismo. Así, la división mundializada de las tareas productivas y el desapego de las personas con respecto a la obra final, esas unidades puestas a la venta en los mercados

---

<sup>58</sup> BECK, U.: *Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1997

<sup>59</sup> HUGUET, M.: *“El sentido de las incertidumbres en la historia del presente”*, en *El siglo XX. Balance y Perspectivas*, Valencia, 2000.

<sup>60</sup> JAMESON, F.: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona, Paidós, 1991.

<sup>61</sup> Aunque sobre el pensamiento y la obra de Max Weber parece estar ya todo dicho, un merece la pena leer la síntesis escrita por FLEURY, L: *Max Weber*, París, PUF, 2001.

occidentales, obraban desmoralizaba a los modernos trabajadores de las fábricas urbanas, que se verían intercambiables entre sí, anulados en su condición más íntima de seres humanos irrepetibles. La sociología de comienzos del siglo XX –tampoco la literatura<sup>62</sup> estuvo callada en este caso- cargaba las tintas al respecto, describiendo el manto de apatía que se cernía sobre los obreros insatisfechos y anticipando la oquedad autodestructiva del individuo contemporáneo<sup>63</sup> en medio de un contexto hostil.

En el terreno de las relaciones entre hombres y mujeres, la tecnificación de la vida moderna procuraba experiencias complejas. En primer término, se ponía en evidencia el recelo mutuo, en especial el referido al sexo femenino. Dicha suspicacia, en ocasiones hostilidad, buscaba en parte dar cauce a las preguntas acerca del por qué de los efectos perniciosos de los cambios en las sociedades industrializadas. ¿Qué había de nuevo en estos tiempos con respecto a los precedentes que pudiese dar explicación a la degradación y la decadencia percibidas? Todas las miradas se detenían en los nuevos sujetos de la historia: bien en las poblaciones exóticas de naturaleza *escasamente humana*, razas dependientes para su desarrollo civilizatorio del auxilio del hombre blanco -de acuerdo con la Teoría Imperial, la supremacía y la subordinación racial no serían una mera teoría sino que surgirían primero de la diferenciación biológica y más tarde del mercado de la cultura<sup>64</sup>-, bien en las mujeres, sujetos desagradecidos por la protección secular sobre sus personas, ansiosas de ocupar puestos inmerecidos según los cánones largamente establecidos.

La idealización femenina cultivada en el liberalismo ochocentista<sup>65</sup> dio paso a una suerte de resquemor cuando no hostilidad abierta hacia las mujeres, que dejaron de ser esas obras magníficas de las que los varones cultos y sensatos se habían enamorados, para convertirse en meras hembras de la especie, imprescindibles en la reproducción aunque poco fiables desde el momento en el que se mostraban dispuestas a marcar su territorio a expensas de la autoridad masculina. Así, las mujeres -como los pobres o los tullidos- se ubicaron en el

---

<sup>62</sup> Por citar tan solo a un autor imprescindible, ver los libros de JACK LONDON, *Martin Eden* (1888), *El talón de hierro* (1908).

<sup>63</sup> En el trabajo de DURKHEIM, E.: *El suicidio* (1897) Madrid, Akal, 1976, se apuesta por suicidio como un fenómeno sociológico que no surge de un acto individual sino de la falta de integración del individuo en sociedad.

<sup>64</sup> HARDT, M. y NEGRI, A.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 213-218

<sup>65</sup> GRIMSHAW, J.: “La idea de una ética femenina” en SINGER, P. (Ed.): *Compendio de ética*, Madrid, Alianza, 1995, cap. 43, pp. 655-666.

punto de mira de la alteración de las costumbres y por ello mismo del discurso popular en torno a la degradación de la especie. En el último tercio del siglo XIX surgirían mujeres –reales o inventadas– que rompían el orden, por mor de un ansia insaciable de poder o riqueza: Salomé, Judith, Pandora... o Colette<sup>66</sup>; algunas de ellas mujeres libidinosas o materialistas que, con sus maneras liberales y paganas, con su estilo sexual: abierto y explícito, amargaban o llevaban a la ruina a los hombres deseosos de hacerlas esposas y madres<sup>67</sup>. En ellas reposaba la idea de mujer retadora e insoportable que acarrea la desgracia y la ruina de quien osase poseerlas. La irritante seducción femenina, en tanto arma de supervivencia, resistía poderosa el curso de los tiempos y que no se retrajo de la acción por más que les pesara a las feministas. Las damas femeninas y seductoras aguantaron como jabatas contra viento y marea. Las feministas sin embargo, con su notoria pasión por meter el dedo en la llaga, en la evidencia del desgarró social, fueron conceptuadas como sujetos desnaturalizados y horripilantes, merecedoras por ello mismo del deseo de exterminio.

Las mujeres, sujetos alterados del molde original que es el hombre, serían por mucho tiempo deficientes en sí mismas por el hecho natural de ser hembras, y así leíamos:

*“No obstante, la bestia se manifestaba de cuando en cuando con toda su crudeza. Un hombre muy feo, un jorobado a todas luces salvaje, agazapado en la abertura de una de las guaridas, estiraba los brazos al tiempo que bostezaba, revelando unos incisivos afilados como tijeras y unos caninos brillantes como espadas y acerados como puñales. A veces, cuando en un estrecho sendero me cruzaba con una figura femenina vestida de blanco y un súbito arranque de valor me permitía mirarla a los ojos, descubría, con tremenda repulsión, que sus pupilas eran achinadas”*<sup>68</sup>

La fragmentación fin de siglo remitía a la armónica convivencia de mundos interiores y exteriores. Y no era casual que en una época en la que estaba a punto de inventarse la luz eléctrica, que iluminaría pronto calles y hogares, la oscuridad provocase más recelos que en cualquier otro tiempo de los

---

<sup>66</sup> Sidonie Gabrielle Claudine Colette (1873 -1954), novelista francesa. THURMANN, J. y DE MIGUEL, O.: *Secretos de la carne: vida de Colette*, Madrid, Siruela, 2006.

<sup>67</sup> Mujer egoísta y manirrota cuyo proceder puede verse en el personaje de la señora de Hudson Bart, en la novela de Edith WARTHON: *La casa de la alegría* (1905), Barcelona, Alba, 2011.

<sup>68</sup> WELLS, H.G.: *La isla del Dr. Moreau*, (1896), Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 110.

llamados oscuros. La temida oscuridad, como las profundidades en que navegaba el Nautilus de Julio Verne en sus *20.000 leguas de viaje submarino* (1871), era mirada con espanto y temor reverencial. Pero en el momento en que se entraba en ella, una vez identificada la auténtica naturaleza del horror oculto, comenzaba a perderse el respeto. Los huéspedes de Nemo aprendieron rápidamente a valorar los encantos de lo desconocido. Al igual que el misterioso capitán del Nautilus, las mujeres habían pasado siglos formando parte de un ámbito ignoto. Al darse a conocer en su particular interioridad estaban dejando en manos de su huésped el modo del trato que quisiera este dispensarles.